

plata la fuente de toda riqueza, no auguraban ninguna esperanza de fortuna para lo futuro. A los cuarenta días de fundada la villa de Salamanca de Acalán, ya Dávila abrigaba en su alma opinión diametralmente distinta á la que antes había tenido; juzgaba conveniencia, sino una necesidad urgentísima, despoblar la villa y continuar su marcha de exploración, con todo el grueso de su gente.

El real estaba como á dos tiros de ballesta de un río caudaloso, probablemente el que ahora se llama río de Candelaria, á cuyas márgenes se extendía la ciudad de Acalan. Había que atravesar este río, para seguir el sendero que se diseñaba enfrente. El cacique y sus súbditos se prestaron á facilitar el paso: colocaron tablones sobre el cieno de la ribera, y prepararon canoas. Se cruzó con desahogo el río, y los españoles pronto dejaron atrás los esteros ribereños, y penetraron en un terreno enjuto: servíanles de guías algunos indios de Acalán que voluntariamente quisieron acompañarlos en su peregrinación. Traspasados los límites de Acalán, entraron en el país de los mazotecas, donde el venado abundaba, y en que se adoraba un ídolo bajo la forma de ciervo, porque declaraban los naturales que con esta figura se les había aparecido el dios á quien consagraban mayor veneración.¹ Pensaban que los caballos eran ciervos, y por esto los respetaban profundamente. Dávila volvió luego á tropezar con el obstáculo de las ciénagas, que le obligaban á avanzar lentamente. Su tropa las vadeaba como podía, y así, con grande es-

¹ Villagutierre Sotomayor. *Historia de la conquista del Itzá*, pa g. 43.

trechez y apretura, fueron marchando hasta que toparon un camino ancho, llano y bien barrido que les hizo comprender la existencia de una población en las cercanías. Tomaron alegres aquella vía, y, como el terreno era seco, acertaron á hacer fuego de que varios días habían carecido por la humedad, y, con nuevos alientos, apresuraron su marcha, ansiosos de algun reposo para sus quebrantados cuerpos.

Todavía les faltaban contratiempos: la población se distinguía perfectamente con sus casas grises y sus pardas albarradas: no había sino andar algo más, y era seguro el refrigerio. Su decepción fué grande cuando, en vez del cabo del pueblo y del trasoñado descanso, vieron que el terreno era desigual, sembrado de grandes agujeros cubiertos con ramas diestramente esparcidas, y que ocultaban agudas estacas clavadas en el fondo: todos estos siniestros preparativos eran presagios de próximo combate, y, en vez del reposo, iban á empezar talvez encarnizada batalla. No obstante, no se veía un solo enemigo: abandonaron el camino, y entraron por sus flancos al bosque, decididos á abrirse paso y llegar á la población á todo trance: por fortuna, nadie los hostilizó durante el áspero trabajo de avanzar cortando el monte.

Aquel pueblo era Mazaclán. Estaba cercado de un muro de madera hecho de vigas gruesas unidas y ligadas estrechamente con flexibles bejucos, con claros, de trecho en trecho, á guisa de saeteras, que sin duda servían para lanzar las flechas. Alrededor de estos muros, había hondos fosos surtidos de agua por una profunda ciénaga que lindaba con uno de los costados de la ciudad. Se entraba por

un puente de madera que servía de única puerta, y, no lejos, se erguía sobre una alta peña un mamparo de piedra que semejaba garita. La vista de tantos aparatos de defensa sobrecogió á los españoles, haciéndoles temer una celada. Entraron bien apercebidos y despiertos, no queriendo ser sorprendidos; pero todas sus precauciones resultaron vanas: la ciudad estaba desierta, las casas desamparadas de sus dueños: se alojaron á su gusto, descansaron á pierna suelta, é hicieron festin con los bastimentos de pavos y pan de maíz.

En los días siguientes, viendo que ninguno de los mazotecas asomaba ni por uno ni por otro lado, Dávila sacó guerrillas á explorar el campo. Los habitantes se habían internado en lo más intrincado de la selva, y sólo á trueque de exquisitos reconocimientos, pudieron aprehender á algunos indios, sin que con esto se hubiese ganado una pizca: estuvieron tan firmes en guardar la más absoluta reserva que ni con caricias, ni con amenazas, ni aun con tormentos revelaron cosa alguna: los molieron á preguntas y á todas contestaban con el silencio más obstinado. Fué preciso renunciar á toda investigación por su medio; empero, de las correrías que hicieron los españoles sacaron en limpio que la tierra era pobre: no había minas, no había metales preciosos, la población era poca, y tan indómita que no daba esperanzas de aprovecharse de ella. Los mazotecas negaban todo auxilio, rechazaban toda insinuación, y repugnaban aun la compañía de los extranjeros: no había uno solo que quisiese mostrar un camino, proporcionar un dato: antes que socorrer de la más leve manera á los españoles,

se hubieran dejado matar. A duras penas hubieron éstos de dar con un niño que se prestó á servirles de guía, para mostrarles el camino de la playa: los condujo á traves de ciénagas y de bosques casi impenetrables hasta la provincia de Champotón. Entre tantas fatigas, muchos soldados habían perecido, y los que sobrevivían ansiaban ver la mar por dónde comunicarse más fácilmente con sus compañeros de armas de Tabasco. Volver por el mismo camino hubiera sido locura, así que no puede medirse el júbilo que les sobrecogió cuando, al salir de un espeso oquedal, asomaron á una extensísima y verde pradera, con una encrucijada que bien denotaba que por allí debía de transitar bastante gente. Los caminos que por distintos rumbos dirigían estaban trillados, señal cierta de que comunicaban lugares populosos. Pareció á Dávila aquella encrucijada lugar adecuado para pasar la noche: por allí habían de pasar algunos caminantes, y, deteniéndolos, podía utilizarlos para mostrar el camino más corto que condujese á la orilla del mar. Asentó su real en la sabana, á poca distancia de la encrucijada, y colocó algunas emboscadas con hombres en vela que tenían la instrucción de aprisionar á los transeuntes y llevarlos á su presencia. Entrada la noche, los centinelas oyeron ruido de pasos que cada vez se iban acercando: podían ser bestias salvajes; pero más probable era que fuesen viandantes. A la poca luz que derramaban las estrellas, distinguieron cinco individuos que á grandes trancos iban inclinados bajo la carga que llevaban, y que parecía ser bastante pesada. Repentinamente los sencillos cargadores se vieron

cercados de hombres blancos y barbados, armados de punta en blanco: el espanto no les permitió ni escaparse ni resistir; se entregaron dóciles y sumisos. Eran cinco indios con carga de sal que habían recogido en las salinas de la costa, y que regresaban á su hogar. Presentados al teniente Dávila, y examinados sobre todos los particulares que podían interesarle, le informaron que no lejos de allí estaba el pueblo de Champotón, y se prestaron gustosos á conducirle á él. Al día siguiente, toda la tropa se puso en movimiento, en pos de aquellos prácticos que el destino les había deparado, y en la tarde llegaron á la capital de los Couohes.

El cacique y habitantes de Champotón, deponiendo la fiereza de otras veces, salieron á recibirlos con agrado y les ofrecieron hospedaje, alimentos frescos para la gente, y pastura verde para los caballos: no parecían ser los mismos guerreros que habían rechazado á fuego y sangre á Hernández de Córdoba. Aposentados en Champotón, pudo Dávila conocer y estudiar á su gusto la población y penetrarse de sus recursos: el pueblo estaba rodeado de un muro de albarrada guarnecido de fosos; había en el interior como ocho mil casas de paja, y algunas de piedra y azotea.¹ A los españoles alojaron con separación de los habitantes; pero intramuros, con la comodidad apetecible. Les dieron varias casas de paja fabricadas alrededor de una plaza espaciosa, y los proveyeron abundantemente de maíz, aves y otros comestibles, de modo que nada les faltase, y hasta los caballos pudieron refocilarse en caballerizas de paja cómodas y repletas de forraje.

¹ Fernández de Oviedo, op. cit. tomo III. pag. 244.

Los soldados de Dávila fueron tratados á cuerpo de rey: fuera de los bastimentos que tenían en casa á su disposición, les traían diariamente una pava para cada uno, y pescado fresco con que pudieron regodearse á su sabor. Para distraerlos, venían por las tardes, frente á la morada de Dávila, entretenidas comparsas de música y baile: allí ejecutaban varios pasos y contrapasos que por lo nuevo, variado y donoso, entretenían singularmente á los españoles. Admiraban la agilidad de los movimientos, la serie de las figuras, las contorsiones, los saltos y brincos al compás de la música, con la cual iban siempre acordes los bailarines.

Un día Dávila, con varios capitanes y soldados, salieron á dar una vuelta por el pueblo, y en su paseo llegaron hasta la playa. No lejos de allí, sobre un isleto rocalloso, sobresalía un blanco edificio de piedra que contrastaba con lo azul del mar. El tiempo estaba tranquilo, puro, exquisito, y convidaba á prolongar el paseo surcando las ondas irizadas por la brisa suave, fresca y deliciosa: metieronse, pues, en un bote, y fueron á visitar el edificio que llamaba su atención y curiosidad. Era un templo idolátrico formado por una torre blanquísima de piedra, levantada sobre diez ó doce gradas. Allí se veneraba á los dioses de la pesca, Ahkak, Nexoi, Ahpuá, Ahcitz y Amalcum. Los muros del templo estaban tapizados de esqueletos de pescado, cabezas de tiburón, conchas de tortuga, careyes, y grandes pescados disecados. Dávila y sus compañeros no pudieron tolerar la vista de las falsas deidades, y, de pronto, sin pensar en las consecuencias, tomaron los ídolos por la cabeza, y los

arrojaron al mar, y, en su lugar, levantaron una cruz, con grande asombro de los indios que contemplaban estáticos la destrucción de sus dioses. Sin embargo, no parece que ni el cacique ni sus vasallos hubiesen tomado á mal aquella acción; continuaron amigos, y, aun algunos, no sabemos si por convencimiento, por temor, ó por viveza, renegaron de la idolatría, y pidieron ser bautizados. Entre ellos se mostró ardiente neófito el mismo cacique, quien pidió el bautismo, y fué apadrinado por el mismo Alonso Dávila, cuyo nombre se puso al nuevo cristiano.

No descuidó el valiente jefe español su principal deber, y, como por falta de buques no podía trasladarse inmediatamente á Tabasco, tan pronto como llegó á Champotón escribió una relación circunstanciada de su viaje al adelantado Montejo, y la envió en una canoa á Xicalango, pueblo el más inmediato ocupado por españoles.

Principiaba la primavera del año nuevo de 1531, cuando el adelantado Montejo recibió la comunicación de Alonso Dávila en que le participaba los sucesos de su asendereado viaje á través de Acalán y su llegada á Champotón. Jubiloso y satisfecho estuvo el Adelantado con saber de sus compañeros de armas, cuya suerte, con la tardanza y falta de noticias, ya le preocupaba; y, ganso de verlos, de abrazarlos y conversar con ellos, decidió trasladarse á Champotón sin más demora, pues que los momentos le parecían siglos en su ansia de saludar á sus soldados. Estaba entonces el Adelantado en Xicalango, porque, desde la partida de Dávila, muy graves acontecimientos se habían

verificado en Nuestra Señora de la Victoria. Baltazar Osorio, su antecesor en el gobierno de Tabasco, á quien tantas consideraciones había dispensado, simulando moderación y conformidad se despidió de su antiguo distrito de gobierno para irse á México; pero no tan pronto llegó á la capital de la Nueva España y se hubo presentado á los oidores, puso en juego todos sus medios y recursos á fin de que le restituyesen el gobierno, cuya pérdida, á lo que parece, le escocía demasiado. No podemos decir de qué influencia se valió; pero sí es inconcuso que trabajó con tal éxito que la misma Audiencia que lo había destituido le volvió á nombrar alcalde mayor de Tabasco, ordenándole que se regresase á Nuestra Señora de la Victoria, y que, sin pérdida de tiempo, entrase de nuevo en la posesión de su encargo.

Grande asombro y disgusto causó á Francisco de Montejo, el viejo, la noticia de su destitución, que venía á trastornar sus planes de conquista de Yucatán, pues que se proponía apoyarse en su gobierno de Tabasco para llevar á buen término la sujeción de la península yucateca. Mayor indignación y desconsuelo sintió cuando se vió víctima de la malquerencia de su afortunado rival. Baltazar Osorio, llegado á Nuestra Señora de la Victoria, no se detuvo en contemplaciones, y se propuso aplastar á Montejo y á su partido: hizo prender al Adelantado¹ y á sus principales amigos, y los metió á la cárcel pública incomunicados y con centinela de

¹ Cédula á Juan de Lerma, en favor de Francisco de Montejo, fecha en Ocaña á 4 de Abril de 1531.

vista, mandando, al mismo tiempo, incautar todos los bienes de Montejo. No fué del número de los aprehendidos Francisco de Montejo, el mozo, sin duda á causa de residir en Xicalango, pueblo de la encomienda de D^a Beatriz de Herrera, esposa legítima de su padre. La prisión de éste no desalentó ni á su hijo, ni á sus partidarios. Un amigo suyo, fiel y adicto, bastante influyente en Madrid, Juan de Lerma, escribió desde la isla de Cuba, el 23 de Noviembre de 1530,¹ un memorial detallado al Rey, en que, haciendo la apología de Francisco de Montejo, el viejo, y la narración de sus trabajos en servicio real en Yucatán, Cozumel y Tabasco, se quejaba enérgicamente de los agravios é injusticias chocantes que había recibido sin merecerlo de la Audiencia de México, y en especial de su competidor Baltazar Osorio. Esta exposición hizo eco en la metrópoli, y, en cuatro de Abril de 1531, se despachó cédula á la Real Audiencia de México, ordenándole perentoriamente que, practicando información sumaria sobre los sucesos de Tabasco, hiciese pronta y expedita justicia.

Baltazar Osorio no esperó que la Audiencia tomase cartas en el negocio: de seguro su propósito fué tan sólo intimidar á sus adversarios con un golpe de mano, pues pasados algunos días, puso en libertad á Montejo y á sus paniaguados, quienes fueron á refugiarse á Xicalango. Era la razón por la cual Francisco de Montejo, el viejo, permanecía allí, en espera de la resolución de la corte, cuando recibió la carta de Alonso Dávila, que tanto alivio

¹ *Carta de la Reina*, fecha en Ocaña á 4 de Abril de 1531, al presidente y oidores de la Audiencia y Chancillería de Nueva España.

vino á traerle en el trance riguroso por que estaba pasando en aquellos momentos: se embarcó con cuantos quisieron acompañarle, y se hizo á la vela para Champotón. La vista de las canoas en que se izaba la bandera española fué anuncio de júbilo para Dávila, y el alborozo se colmó cuando, ya en tierra el Adelantado y su séquito, pudieron contarse mutuamente y á su sabor la patética historia de sus desventuras.